

APUNTES SOBRE UNA EVOLUCION EN LA TEMATICA DEL ENSAYO ESPAÑOL (1895-1930)

P O R

EVELYNE LOPEZ CAMPILLO

El ensayo manipula elementos de un saber en vías de constitución. Las actuales ciencias humanas, cuyo catálogo se ha ido estableciendo después de la segunda guerra mundial y cuya enseñanza se ha oficializado desde entonces, han participado en tanto que material de base en la elaboración de los grandes ensayos anteriores a ella. No pretendemos decir con esto que el ensayo es la cantera y el ensayista el pionero de la sociología, psicología, etc..., sino que el ensayo ha pasado, *grosso modo*, entre 1850 y 1935, por un período de auge, explosión cuantitativa y cualitativa, que corresponde con el cuajar de tales «ciencias».

El hecho de que el ensayo sea un hacer en rebeldía contra la ciencia oficial, conscientemente o no, es sobradamente conocido para que nos explayemos en este punto; recordemos sólo sus otras grandes épocas de esplendor (el Renacimiento, con los *Ensayos*, de Montaigne; la *Utopía*, de Tomás Moro; los *Coloquios*, de Erasmo; su *Elogio de la locura*; los siglos xvii y xviii con Bacon, Locke, Descartes, Pope, Hume, Defoe, Swift, Addison, Condillac, D'Alembert, Diderot, D'Holbach; el xix francés con Chateaubriand, Mme. de Staël, Michelet, Renan; el xx con Barrès, Alain, Péguy, Maurras, Benda, Bernanos, Proust, Camus, Claudel, Valéry, Gide, Malraux, Sartre.

Dentro de la prosa de ideas, el ensayo aparece, pues, como un modo de expresión privilegiado de los escritores en épocas en que el saber constituido, la ciencia oficial, está bloqueado, encontrándose incapaz de integrar en una visión global nuevas relaciones (hechos, situaciones, sensaciones). El escritor se halla entonces ante la posibilidad de elaborar una obra escrita que está a mitad de distancia entre las creaciones de un universo imaginario homogéneo y autónomo (poesía, novela, teatro...), la prosa de ideas más sistemática (crítica pura, tratados, panfletos, discursos, memorias, epistolarios, diálogos, debates, biografías clásicas, cuentos filosóficos, artículos de periódico...) y la ciencia propiamente dicha.

En pugna contra la separación aceptada y mantenida por el saber

constituido entre los campos de la religión, de la ciencia y del arte; el esfuerzo de ciertos hombres por realizar en determinados y limitados dominios una totalización, encuentra en el ensayo un modo adecuado de expresión: una visión breve pero intensa. El ensayo permite un *flash* sobre la realidad, y lo que dispara el *flash* es el sentimiento gozoso de apuntar al monismo.

Será difícil, por no decir imposible, comprender a los grandes ensayistas si se les considera a priori como ideólogos frustrados. Por el contrario, la insuficiencia de las ideologías al uso es lo que hace crecer como agua en mayo la cosecha ensayística. Los grandes ensayistas recientes: Proust, Valéry, Eliot, Spengler, Unamuno, Ortega, no son, como se les tacha desde el sector crítico neomarxista, apologistas de una ideología derechista encubierta, ni tampoco frustrados e impotentes mensajeros de una ideología progresista fallida; el rasgo más característico que los une no entra en clasificaciones ideológicas tan delimitadas. Lo que los une es que son investigadores, están al margen de sistemas organizados, intentan expresar algo nuevo, que no pueden decir las ideologías del momento, porque precisamente ellas excluyen ese algo de entrada. Son escritores de un momento de crisis quienes, en vez de pensar superar la crisis aplicando las recetas de un dogma (lo cual sólo recaba en negar y, por lo tanto, acentuar la crisis), procuran definir espontáneamente el objeto de su hacer y expresarlo con métodos adecuados a cada caso.

En cuanto a los dos grandes ensayistas españoles Unamuno y Ortega, las críticas que se les suele dirigir de no haber sabido salir de la crisálida ensayística para parir la filosofía *vivante* del siglo xx enmascaran en buena parte de los casos la acusación de que no han sido o hegelianos o marxistas (depende del gusto del crítico), con lo cual estos críticos se sitúan en el ámbito sartriano al considerar que cada época no tiene más que una filosofía *vivante*, siendo en este siglo la de turno el marxismo (1).

Es significativo notar que el primer ensayo famoso de Unamuno *En torno al casticismo*, logro estético e intencional, se sitúa precisamente en unos años, 1894-95, en que, al tiempo que colabora con los medios socialistas, va creciendo en él la conciencia de que la doctrina «marxiana» le resulta estrecha, incapaz de expresar adecuadamente las múltiples aspiraciones de la humanidad (2). En este sentido, la conciencia de la quiebra sentimental de la ideología montante es lo que

(1) JEAN PAUL SARTRE: *Critique de la raison dialectique*, Gallimard, París, página 15.

(2) Carta de 31 de mayo de 1895 a Clarín, citada por R. Pérez de la Dehesa, en *Política y sociedad en el primer Unamuno*, Ciencia Nueva, Madrid, 1966, páginas 58-59.

mueve a Unamuno a adoptar una forma de expresión en que desempeña un papel decisivo la individualización de la emoción.

En este amontonamiento de «divagaciones deshilvanadas», son extremadamente característicos por su calidad estética los trozos en que el paisaje castellano es sentido y analizado en función de una demostración teórica. Las sensaciones experimentadas ante el paisaje rural castellano por Unamuno adquieren así una plenitud que dan a ciertas páginas de *En torno al casticismo* el carácter multisignificativo que señala Ortega como meta a la prosa ensayística: «El paisaje ordena sus tamaños y sus distancias de acuerdo con nuestra retina, y nuestro corazón reparte los acentos» (3).

No deja de presentar el proceso de creación ensayística del Unamuno de esta época analogías con el de Barrès: su trilogía del *Culto del yo* (1888-91) (4) testimonia de un radicalismo individualista mucho más consciente que el del Unamuno de los años 95, pero hay una hermandad curiosa entre los dos procesos creativos que se nota en el libro de Barrès del año 1894: *Du sang, de la volupté et de la mort*, que él mismo califica de «ideologías apasionadas». Para esos dos hombres el desarrollo del yo pasa por un fuerte sentimiento nacionalista, y para los dos igualmente el punto de cristalización de la emoción y de la ideología es el paisaje: en estos dos ensayistas mayúsculos, la inspiración alcanza sus cimas al extenderse sea en la llanura castellana, sea en los altozanos azulados de los Vosgos (*La colline inspirée*, 1913).

Parece como si, por esas fechas, fuese tan refractaria la sociedad humana a la aprehensión del yo unamuniano o barresiano que necesitaran del paisaje rural, deshabitado de los hombres, para llegar a la expresión perfecta de sus aspiraciones. La abulia característica de los personajes de la novela de esos años en España se encuentra plasmada en el ensayo unamuneco con el personaje más estático que cabe desear: el campo de una región reacia al progreso, en que los únicos cambios son los meteorológicos, la erosión, el ciclo del nacer y morir del día, cambios que también caen dentro del ámbito de la inmutabilidad.

Aparecen por esas fechas una serie de ensayos memorables que cogen como punto de referencia Castilla y su paisaje, entre los cuales, por ejemplo, *La ruta de D. Quijote*, *Los pueblos*, *Castilla*, de Azorín (respectivamente, 1905, 1905, 1912); *Vieja España*, de Salaverría (1907), etcétera..., permitiendo así una actualización de la conciencia que tienen los autores de la impotencia individual ante la historia, al dejar

(3) Prólogo de *El espectador*, O. C., tomo II, p. 19.

(4) *Sous l'oeil des Barbares* (1888), *Un homme libre* (1889), *Le jardin de Bérénice* (1891).

campo libre a la meditación y a la contemplación (solitarias), así como a una sensualidad que no florece plenamente sin una absoluta objetivación (cosificación) del contorno humano.

Eso no significa en absoluto que los autores *petrifican* las relaciones dinámicas de las cuales serían incapaces de dar cuenta. El proceso creativo opera de una manera distinta: dada una aspiración del escritor a la globalidad, esa muy conocida tendencia a la reequilibración, la sensibilidad va escogiendo el *objeto* (el héroe) que, momentáneamente, será el punto ideal en el que se podrán expresar el mayor número posible de relaciones las más significativas posibles. Así es cómo en vez de petrificar, de embalsamar el cadáver de la vida, lo que hace el ensayista es algo distinto: es contaminar el objeto con la función explicativa y dejarse contaminar por el objeto de la expresividad muda. Resulta ser el ensayo una especie de búsqueda de un equilibrio tan difícil de conseguir como el quedar más de una fracción de segundo en contacto con una corriente eléctrica. Azorín, por ejemplo, en sus ensayos de esos años (*Los pueblos, la ruta de D. Quijote*) al tiempo que cataliza cómo Unamuno sus intenciones en el paisaje, se encuentra, sin embargo, mucho más acorde con el mundo de los objetos que proceden de la actividad humana. Los trozos más hermosos de esos dos ensayos resultan ser en los que habla de los corrales, de las cocinas, de las casas, de los muebles, aperos de labranza, de los caminos, de los animales incluso. ¿Cómo creer, entonces, que lo que atrae a Azorín en los objetos es su carácter de inanimados, de copartícipes del mundo mineral? ¿No se trataría más bien de una afinidad azoriniana con el actuar humano, defraudada por la experiencia, y que se expresaría a partir de esos años de principios de siglo por una afinidad cordial con los objetos creados por el hombre, consuelo de la impotencia actual y signo acaso de una posibilidad latente?

Los ensayos claves del período siguiente se alejan de la temática que por comodidad se suele denominar del 98, o sea de la queja amarga en cuanto a la radical imposibilidad de actuar en medio del lastre incommovible que constituyen las estructuras de España (país, historia, sociedad). El despertar de España ya no aparece como una utopía, la posibilidad de una acción se esboza. Los otros hombres llegan en la mente del creador a adquirir categoría dinámica. Es el anuncio de una era nueva que coincide en grandes líneas con las tensiones sociales anteriores a la primera guerra mundial. Entre las muchas razones que pueden aducirse para explicar este patente cambio de mentalidad están la toma de conciencia de la aceleración del desarrollo económico del país, las mayores posibilidades que se ofrecen a los intelectuales en los centros urbanos (en la enseñanza, en la ad-

ministración, en la prensa, en la política...), sin olvidar la toma de contacto (concreta o sencillamente mental) con los otros países con ocasión de la gran guerra, de donde resulta una afirmación de las potencialidades de España.

Del sentimiento trágico de la vida es el primer gran ensayo característico de esta nueva modalidad de resolver el problema español: plantearlo como una crisis de las relaciones entre los hombres como tales. El punto de enfoque del ensayo es el problema del individuo frente a la sociedad, planteado en términos de intimidad. La solución propuesta al problema de la angustia por Unamuno es la quintaesencia del contacto humano: es la *antropofagia* (del hombre por el hombre, caridad; de los pueblos por los pueblos, guerra). Para Unamuno, el período que empieza va a ser el de una multiplicación de las relaciones humanas: recordemos su campaña agraria 1911-1916 (5) por Salamanca, su actuación aliadófila, su intento electoral de 1920, etcétera. Entonces se completa su visión de Castilla, la cual pasa a ser el signo del aislamiento, de la fuerza estática que retiene a España en la neutralidad (estéril) apartándola de la participación en la guerra (junto a unos y frente a otros):

Si, solá en medio de los campos tierra adentro, ancha es Castilla, y si está triste es porque siente, aun sin darse clara cuenta de ello, de su soledad, de su terrible soledad. Es la única que no puede ver los mares lejanos y hay que hablarle de ellos.

Y esa soledad de Castilla, en medio de los campos, tierra adentro, lejos de los mares, ha producido una cierta concepción robinsoniana que persiste en el fondo del alma de los pueblos de las mesetas centrales. Creen bastarse, creen poder vivir aislados. Fue dogma aquí mucho tiempo y ha seguido siéndolo, y lo es hoy para muchos, para los más, para casi todos los que callan, que España debe mantenerse aislada, que no debe comprometerse en tratos y contratos internacionales. Para muchos eso que llaman la neutralidad no es más que el sentimiento de tierra adentro, paramérico, de un hurraño aislamiento. Es la soledad espiritual...

Esta posición de tierra firme, de tierra enjuta, de tierra que no puede ver los mares lejanos, es lo que ha influido para la trágica inconsciencia internacional del centro de la Península. Y acaso esta inconsciencia internacional, ese no verse bien frente a los demás pueblos y junto a ellos, es lo que hace tan turbia y a la vez tan quisquillosa la conciencia nacional. Porque así como un hombre no se ve bien a sí mismo, sino frente a los otros y junto a los otros, así un pueblo no tiene conciencia de su destino, de su misión histórica, sino viéndose frente a los otros pueblos y junto a ellos... (6).

(5) Cf. JOSÉ TUDELA: «Unamuno agrario», en *Rev. Hisp. Mod.*, 1-4, 1965, página 425.

(6) *De esto y de aquello*, tomo III, Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 1950, pp. 540 y 542.

Las *Meditaciones del Quijote* (1914), de Ortega, son a la vez el tratado no superado hasta ahora y un ejemplo del ensayo de este período. Cogen como perspectiva un objeto de la vida real, El Escorial, punto ideal, ya que es al tiempo paisaje (naturaleza) y objeto humano (historia), y a partir de esta encrucijada, examina Ortega el problema de la cultura española; asimismo el libro del Quijote, para Ortega, es otro punto ideal desde el cual se puede formular la pregunta que interroga por España, ideal precisamente en cuanto su profundidad radica en su «retención dentro de las puras impresiones y su apartamiento de toda fórmula general e ideológica» (7). En este momento, 1913-14, Ortega capta con una perspicacia que supera en esto a la de Spengler una relación real entre el problema de la cultura y la del destino histórico. Expresa en las *Meditaciones* una aspiración a superar el punto de vista de la historia real (que puede aparecer como un destino) y a encontrar en el proceso de la cultura (producción de los hombres ante la historia) orientaciones que le permitan realizar un posible histórico. La repulsa de Spengler a la cultura como decadencia no es más que un reconocerla esa función peculiar suya, negar con su existir que la Historia tiene la razón última, afirmar con su impotencia (utopía) la posibilidad de una actuación voluntaria de los hombres sobre el mundo que los rodea.

A partir de esa fecha de 1914 y, aproximadamente, hasta el año 1920, es cuando aparecen una serie de ensayos famosos que giran en torno a tres temas principales: el paisaje urbano, la crítica política de la sociedad española y la comparación de España con otros países. Cualquiera de estos tres temas pone en primer plano las relaciones entre los hombres: en la conciencia de los ensayistas de este momento, sea cual fuere su procedencia generacional (98 o post.), adquieren más peso la problemática política y cívica (el *civis* en la *polis*).

Dentro del paisaje urbano, el café llega a ser el punto electivo, capaz de expresar un mundo nuevo. La tertulia del «Pombo» (1915) de Ramón Gómez de la Serna es mucho más que las conocidas peñas literarias, o los tradicionales corrillos políticos que se perpetúan en los cafés madrileños desde la antigüedad más remota. Pombo es un poco lo que la residencia de estudiantes, es decir, un hogar para la mafia de una élite cultural del momento, con la diferencia frente a la residencia de que van a Pombo gente que poco o nada tiene que ver con la ILE. Ramón Gómez de la Serna ha captado más rápidamente que otros y ha expresado con una fuerza creativa relevante el hecho de que las élites intelectuales «liberales» estrechaban sus lazos y procu-

(7) *Meditaciones del Quijote*, O. C., tomo I, p. 360.

raban por varios conductos (prensa, enseñanza, política, administración) integrarse en el aparato organizativo del Estado, pasando paulatinamente de élites meditativas a élites organizativas.

La propia ciudad de Madrid inspira por esas fechas un cierto número de ensayos. J. Gutiérrez Solana: *Madrid, escenas y costumbres* (1913-18); *Madrid, guía sentimental*, de Azorín (1915); *Ensayos e imaginaciones sobre Madrid*, de Luis Bello (1919); el *Madrid*, de Manuel Azaña (1920-22), y la serie de Ramón Gómez de la Serna *El Rastro* (1915), *El paseo del Prado* (1920), *Toda la historia de la Puerta del Sol y otras muchas cosas* (1921; literariamente son estos últimos los más interesantes, acaso porque su autor esté más sensibilizado, ya que nacido y educado allí, y rodeado de literatos de otras generaciones, como su padre, su tío, a la transformación del Madrid de la Regencia. El afán de arraigarse en un terruño, en una patria chica (Unamuno, en Salamanca; Azorín, en Monóvar...), se traduce en Ramón por una mayor sensibilidad hacia Madrid, «Pombo» o su propia buhardilla.

Sin llegar a ser estos ensayos unas obras estéticamente excelsas, no dejan de tener interés en la medida en que demuestran que la capital ha pasado a ser un *tema* en que el ensayista puede invertir suficientes ideas y sentimientos como para hacerla objeto de su meditación.

Entre el sinnúmero de ensayos inspirados por el deseo de comprender y de criticar la política y la sociedad españolas de estos años, descuellan (anteriores a la crisis del 17) *Vieja y nueva política*, de Ortega (1914); *Disciplina y rebeldía* (1915), de Federico de Onís; *La crisis del humanismo* (1916), de Maeztu (8). Posteriores a ésa, e inspirados en ella, *Política y toros* (1918), de Pérez de Ayala; *España en el crisol* (1919), de Luis Araquistáin, etc. Lo que alborea en todos estos escritos es una mayor audacia al enfocar el problema de España: el abanico de los criterios críticos es más amplio; se echa mano de la psicología, de la historia, de la filosofía, de la ciencia política, del derecho y de algunos conceptos sociológicos. Estéticamente, *Política y toros*, de Pérez de Ayala, tiene más impacto gracias al hecho de basarse el ensayo sobre una homología entre la corrida y la vida pública española, lo cual permite, a propósito de escenas reales del ruedo, entroncar con un desarrollo de algunas tesis sobre las lacras que aquejan al ruedo ibérico; por desgracia, el pensamiento de Pérez de Ayala abarca poco, aunque aprieta mucho en lo que abarca; es digno de recordar el último ensayo de la serie, llamado «el público», organizado en torno a

(8) Publicada primero en inglés en esta fecha y luego en 1919 en español, Editorial Minerva, Barcelona.

dos escenas concretas: la una, en un teatro de variedades; la otra, en el ruedo a propósito del círculo rojo que se utilizó desde 1917 en el redondel para zanjar un problema técnico entre picadores y ganaderos. La meta demostrativa del autor es sencillamente hacer comprender al lector cuán bestia es el público español, lo cual no es mucho; ahora, los medios empleados para llegar a tal demostración son admirables. Lo cual hace que este ensayo de Pérez de Ayala peque de desequilibrio, no siendo las relaciones descubiertas ni bastante complejas ni lo suficiente nuevas para responder al aparato literario; se obtiene así una escena de costumbres con alcance moralizador y satírico.

La obra *España en el crisol*, de Araquistáin, es (como la de Maeztu) un ejemplo de otro desequilibrio contrario: existe en ella una verdadera riqueza de ideas sobre la evolución de la sociedad española desde la Restauración, una reflexión sobre la psicopatología del alma española (que supera las manidas reflexiones acostumbradas). Esta parte se llama precisamente «Un ensayo de patología del alma española», y la tesis general es que, a más de reformas económicas, pedagógicas, etcétera, hay que pensar en una reforma del carácter y de las costumbres (tema caro a Ortega). La parte más personal de Araquistáin en este punto me parece ser el párrafo IV, el V y el IX, dedicados, respectivamente, al «Carácter de la familia española», «El ideal supremo: hacer carrera» y a la «Aversión al trabajo y las grandes ambiciones»; allí aparece una filípica contra la mujer española y contra el ambiente agarbanzador del hogar español, que dan un sonido verídico, a la par que amarguísimo. El análisis social se carga con un peso sentimental que le permite ahondar en las relaciones y retener la atención. Transcribo unas líneas dolidas que critican la familia española:

Todos los españoles hemos conocido esa coactiva influencia. Si hemos querido perder de vista el campanario de nuestra aldea y lanzarnos a rodar por el mundo, la familia nos ha atrancado la puerta y nos ha pintado los riesgos del tren y del buque, de las malas compañías y de los países remotos, lejos de todo pariente en posibles días de apuros y lejos, sobre todo, de los buenos cuidados maternos si nos llegaba a doler la cabeza o se nos caía un botón del traje. Si hemos querido rebelarnos contra la honrada profesión del comercio o la brillante carrera militar o abogacil que la familia nos había asignado, sin consultar nuestros gustos e inclinaciones, y nos hemos dedicado a la buena de Dios, anárquicamente, a hacer política sin provecho práctico, o a escribir artículos que no son de necesario consumo, o libros que nunca son tan fructíferos como los de la contabilidad de cualquier negocio, o a pintar, o a cualquier otra actividad de problemático rendimiento económico y de inestable condición, la familia ha empezado por temer un desequilibrio de nuestra mente, luego nos

ha pintado con sombrío y trágico pincel un porvenir de miseria, de descrédito, de hospital y tal vez de cárcel, y al cabo, si no hemos transigido con la habitual domesticación, nos ha repudiado o nos ha dejado como cosa imposible (9).

Anotemos también una interesante crítica del monopolio en la prensa del momento. En cambio, en cuanto se trata de problemas más complejos (autonomía, sindicalismo...), el análisis se empobrece, sigue los cánones de un socialismo teóricamente insuficiente y no rebasa el nivel de una propaganda corriente.

La apertura a los países de Europa se acentúa gracias a la coyuntura bélica. Ciertos escritores pasan por el frente francés como corresponsales y traen crónicas que adquieren en algunos casos la calidad de verdaderos ensayos: *Visión estelar de un momento de la guerra* (1916), de Valle-Inclán; *Los motivos de la germanofilia* (1917), *Estudios de política francesa: la política militar* (1918), de Azaña, etc. Dentro de este grupo de obras caben las crónicas de Julio Camba sobre países extranjeros: *Alemania* (1916), *Londres* (1916)..., las cuales, sin alcanzar la categoría de verdaderos ensayos, no dejan de aportar visiones a menudo ingeniosas y muy sugestivas. También se multiplican los contactos de los escritores con América Latina, sea porque van allí invitados como profesores o periodistas, sea porque contactan a latinoamericanos de paso por España (Alfonso Reyes, Borges...).

Como consecuencia del desarrollo económico, de las mayores posibilidades sociales, de las tensiones y luchas entre las diferentes clases de la sociedad, del contacto con el mundo europeo debido a la gran guerra, los escritores van perdiendo algo el complejo de inferioridad que caracterizó el período anterior, y gracias a los esfuerzos de una serie de entidades culturales tanto gubernamentales como procedentes de grupos y partidos y editoriales privadas, se eleva considerablemente el nivel cultural de la intelectualidad española.

Cuando se compara —dice Ortega (10)— el repertorio de temas que hoy transitan por la mente pública con el que frecuentaba la España de 1900, la diferencia es gigante. Tal vez no exista país en Europa que en ese período haya ampliado parejamente su paisaje. Podemos decir con orgullo bien fundado: esa ampliación ha sido la obra de nuestra generación. Como ésta no ha muerto aún, antes bien, comienza a regentar la vida nacional, es lo más verosímil que el proceso de ampliación continúe en crecimiento multiplicado y que pronto en la mente de España —microcosmos— se refleje íntegro el Universo —macrocosmos—.

(9) *España en el crisol*, Editorial Minerva, Barcelona, 1919, pp. 238-239.

(10) «La forma como método histórico», en *Espíritu de la letra*, O. C., tomo III, página 521.

Se acentúa la toma de conciencia de la realidad cambiante del país (recesión de la posguerra, *lock-out*, intensificación de las luchas sociales violentas, llegada a un callejón sin salida del régimen parlamentario (11), crisis de la inversión capitalista...). El ensayo adquiere plenitud: consigue integrar elementos de las ciencias humanas y sociales en pleno desarrollo (Freud, Yung, Simmel, Husserl, Russell, etc., se traducen al español a partir del año 1920), sobre todo sociología, caracterología, sexología.

La visión del problema español se ensancha hasta incluirlo dentro de una problemática más general: *España invertebrada* (1921-22), de Ortega, es el ensayo más significativo de este momento. Se trata de una visión dinámica de España, en que la interacción de los grupos sociales hace la Historia; la solución ya no es sólo desarrollo económico (despensa) y educación, ciencia, cultura (escuela), sino integración en la cultura de lo espontáneo y de lo vital (técnica, acción) y proyección al futuro de los deseos y aspiraciones de la minoría rectora a través de un Estado nuevo. El estilo de pensamiento de Ortega es comprender y no condenar, intentar explicar la génesis del fenómeno (por ejemplo, los separatismos tienen una historia; los particularismos se explican por la acción del poder central; la agudización de la lucha de clases desde 1880 es un proceso modificable, con tal de presentar un proyecto dinámico para el futuro...).

La generalización todavía mayor de *El tema de nuestro tiempo* (1922-23) aboca a una exaltación de la vida considerada como fin de la actividad humana. Parece como si Ortega, al afirmar como valor intrínseco el valor vitalista (organizador y positivo), cediese al pesimismo característico de la posguerra, en que la Historia aparece a los intelectuales como la sucesión de situaciones de poder.

Un vigía atento, Eugenio d'Ors, desde las páginas de su *Nuevo glosario*, considera el lugar de España en la cultura mundial de 1926, y entre otras obras literario-científicas nombra *La agonía del cristianismo*, los *Estudios sobre el amor*, de Ortega, y las obras de sexología de Gregorio Marañón. Muy esquemáticamente, la elección de D'Ors sería más completa si una humildad elemental no le hubiese aconsejado excluir del grupo sus propias obras sobre el arte. Aparte de estas cuatro direcciones principales, vemos aparecer también, a partir de la Dictadura, la biografía ensayística, el ensayo sobre pedagogía y un refuerzo del ensayo de crítica literaria.

(11) La literatura ensayística dedicada a la crítica del Parlamentarismo recoge títulos valiosos, entre los cuales *Acotaciones de un oyente*, de W. Fernández Flórez; *Impresiones de un hombre de buena fe*, del mismo; o el cuento-ensayo de Azorín *El chirrión de los políticos*.

La característica del ensayo dirigido a temas estéticos, el cual se desarrolla cuantitativa y cualitativamente a partir del año 1920, es la riqueza y la complejidad de su temática: no se trata meramente de dar una información más o menos erudita a propósito de tal o cual cuadro, o pintor, o género literario, sino que el ensayista aprovecha el objeto de su ensayo para desentrañar la maraña de relaciones que forma su urdimbre, descubriendo parte de la red que le une a un conjunto cada vez mayor. El ensayo estético de este período es de nivel filosófico y sociológico: 1920, *Los hermanos Zubiaurre*, de Ortega; 1920, *Los grabados de Goya*, de Sánchez Rivero; 1922, *Poussin y el Greco*; 1923, *Tres horas en el Museo del Prado*; 1924, *Cézanne*, de D'Ors; 1925, *La deshumanización del arte*, de Ortega; 1926, *Cómo se hace una novela*, de Unamuno; 1928, *Las ideas y las formas*, de D'Ors; 1928, *Música y músicos de hoy*, de Adolfo Salazar; 1929, *Completa y verídica historia de Picasso y el cubismo*, de R. Gómez de la Serna; 1931, *Los dioses en el Prado*, de Díez Canedo, etc.

La preocupación pedagógica, nunca ausente, renace, sin embargo, en una serie de ensayos sesudos a finales del decenio 1920-30, tales como los cuatro tomos de Luis Bello: *Viaje por las escuelas de España* (1926-29), o *La nueva España* (1927), de Gabriel García Maroto, que abogan por una pedagogía más libre. En 1930 es *Misión de la Universidad*, de Ortega, en que se considera el deber de ésta de vincularse no sólo con la ciencia, sino con la vida pública, intentando así desplazar el imperio de la prensa, la cual es frenesí, frivolidad y estupidez. Apunta en estos ensayos, la aspiración de una élite ya constituida como élite organizativa, a asegurar su relevo generacional, así como a pasar a categoría de élite gubernativa.

La afición por la biografía ensayística o por el ensayo biográfico, que nace o se refuerza por esos años, tiene un hondo significado: se trata de responder a la pregunta: ¿Cómo se forja un destino? ¿Por qué se va a donde se está yendo? Las biografías más originales del momento son acaso las del triunvirato Espina, Jarnés, Marichalar: *Luis Candelas* (1929), de Antonio Espina; *Castelar, hombre del Sinaí* (1935), *Zumalacárregui, el caudillo romántico* (1933), de Benjamín Jarnés; *Riesgo y ventura del duque de Osuna* (1930), de Antonio Marichalar. Todos los biografiados son caudillos (ya se sabe que los ladrones de alta fama, como Candelas, algo tienen de Monipodios o de Robín de los Bosques, o sea, de conductores de los reprobados y marginados por la sociedad legal). Da la impresión que al sentir difusamente o muy claramente el problema de la obediencia civil, los autores han probado las diferentes modalidades de caudillaje del siglo pasado, procurando encontrar direcciones para el problema que apremiaba. En

su apreciación del libro sobre Castelar, de Jarnés, Unamuno no yerra mucho el tiro (pero es que dispara a quemarropa):

Por lo que hace a la generación intelectual española de hoy —la llamémosla de 1931—, ¿sabe su camino, si es que no su meta?, ¿sabe no adónde va, sino por dónde va? Desde luego, en el casi fatal cambio de 1931, en el advenimiento del régimen republicano, no tuvo apenas parte esta generación. Ni otra cualquiera. Porque ese cambio no lo trajeron los hombres. Y es, desde luego, significativo que ninguno de los jóvenes de esa generación se encontró en primera fila ni jugó papel primordial. Acaso porque ninguno de ellos tenía conciencia —si no clara, por lo menos honda— de un nuevo ideal colectivo de destino histórico nacional ni un sentimiento de la unidad de ese destino. Lo que no se logra corregir con expansiones litúrgicas mal traducidas, sea del italiano, sea del ruso... (12).

Buen catador de biografías era el Unamuno de estos años en que acababa de realizar la de *San Manuel Bueno, mártir*, otro caudillo que ejerce su jefatura espiritual en una aldea, caudillo sin ideología, caudillo suicida, cuyo consuelo es consolar, y quien, como Moisés, no conocerá la tierra de promisión. La aspiración a la reconciliación (en la familia, en el pueblo...) prima sobre todas las otras (progreso social, sindicalismo...), pues es así como San Manuel Bueno espera espantar el espectro de un cambio social en el que no ha invertido valores espirituales.

El desarrollo extraordinario del ensayo de crítica literaria es la característica de la actividad creativa de los literatos que alcanzan su madurez por esos años de la Dictadura. Sería necesaria una larguísima lista para intentar dar cuenta de la riqueza de la producción; limitémonos a recordar el ensayo de Guillermo de Torre de 1925 *Literaturas europeas de vanguardia*, los múltiples ensayos de crítica literaria aparecidos en las páginas de la *Revista de Occidente*, en la *Gaceta Literaria* y luego en *Cruz y Raya*.

El cambio del estatuto de la mujer en la sociedad, que J. L. Aranguren considera reservado en 1923 a una élite (13) y propenso a ser «tema de ensayo» por esas fechas constituye en los países implicados en la guerra del 14 un fenómeno notable. Precipita las transformaciones que iba predicando el feminismo desde hacía unos cincuenta años (derecho a la igualdad de instrucción, derecho a tomar la palabra en público, a ocupar puestos de médicos o de profesores de Universidad, derecho a la propiedad, derecho al trabajo y a disponer de su salario,

(12) «La generación de 1931», publicado en *Ahora*, 2-III-1935, y recogido en *De esto y de aquello*, tomo I, Ed. Sudamericana, Buenos Aires, 1950, p. 413.

(13) «La mujer de 1923 a 1963», en *Rev. de Occ.* núms. 8-9, 1963, p. 231.

derecho de voto...). Curiosamente, esta mejora innegable del estatuto de la mujer provoca en muchos escritores una toma de conciencia amarga de las diferencias existentes entre los dos sexos. El fenómeno existe en todos los países arriba citados, pero acaso se exacerba la amargura en un país como España, donde precisamente tales cambios no alcanzan la mayoría de la población femenina. Arrinconado entre la madre, la novia-esposa y la prostituta, defensoras en general de los tabús sexuales (monogamia, heterosexualidad), el hombre consciente se encuentra enfrentado con el derrumbamiento de los valores tradicionales, al tiempo que, frenado y frustrado de ir más allá en la concepción de unas relaciones nuevas por el lastre de esas mismas antiguas relaciones que él contribuye cotidianamente a perpetuar.

Es difícil encontrar, de la mujer en general y de la mujer española en particular, una condena más brutal que en ciertas páginas de Ortega (14). Anotemos que no siempre fue así, sino que Ortega evolucionó en cuanto al tema de la mujer desde la esperanza en que sabrían vivir las mujeres españolas una existencia más libre, más intensa, más imprudente (*El rostro maravillado*, 1904), hasta la renuncia a toda confianza en sus posibilidades, y lógicamente más aún, a achacarlas la mitad de la culpa en el naufragio metafísico del hombre de las entreguerras. Recordemos el significativo ensayito llamado *Salomé* (1921), en que la visión plástica de la mujer castradora adquiere la categoría de intuición genial. No es ajena esta problemática a la ola de homosexualidad característica de los escritores de la generación de los años 20-30 en todos los países. En un ensayo publicado en 1931, titulado *Esquema de los problemas del amor*, Rosa Chacel analiza la crisis de las relaciones intersexuales, descifrando en ella uno de los factores del amor homosexual.

¿No es ingenuo creer que el amor homosexual, si no fuese más que perversión de los sentidos, pudiese constituir tan insuperable objeto de horror para nuestro mundo civilizado? Hay un sinnúmero de perversiones, incomparablemente más dañinas, que no están tan en definitiva anatematizadas, porque, en fin de cuentas, lo que horroriza al hombre no es lo que en este amor pueda haber de homosexualidad, sino lo que hay de homoespiritualidad. Por lo que el hombre no quiere pasar es por el trance de amar a otra individualidad categóricamente idéntica a la suya, por saber a su yo prisionero de otra conciencia idéntica, acaso reconocidamente superior, que pueda enjuiciar su sentimiento. Y, en fin, por sentirse vitalmente ligado a otro ser con el que es preciso compartir el universo; pero del universo, precisamente aquella misma parte a que tienden los propios impulsos y apetitos, aquello por lo

(14) «La elección en amor», por ejemplo, incluida en *Estudios sobre el amor* (folletones en *El Sol*, en 1926-27, 1.^a ed. española en 1941).

que el hombre lucha desde su primer momento. No es difícil apreciar el valor que adquiere el amor como movimiento de dos seres entre los que puede existir la rivalidad, y no es necesario aclarar cómo el hombre y la mujer, en tácita colaboración, han hecho imposible esta pugna entre sus respectivos campos, copiando la conducta que la función heterosexual dicta, y creando una heteroespiritualidad que subsana ese trance difícil y esencialmente dramático, que es el amor del alma individual (15).

Gregorio Marañón, en su *Don Juan* (1940) señala que el donjuanismo era un «problema patético» para los hombres y mujeres de 1920; y efectivamente inspiró un gran número de ensayos y novelas a los autores más conocidos (Ayala, Ortega, Azorín...) por esas fechas; porque se reanima este mito en los momentos en que una élite de hombres toman conciencia de estar en rebeldía contra unas superestructuras, Estado, Iglesia), de cuyos valores (monogamia, heterosexualidad, trabajo, obediencia civil), aparece el elemento femenino como un defensor tácito, incapaz por el empobrecimiento de su universo, de darse cuenta de que también a ellas las está borrando la sociedad como individuos y las transforma en robots de la prolongación de la especie (16).

Una curiosa constatación de Ramón y Cajal en *Charlas de café* (1920) abre sugestivas perspectivas a una reflexión sobre la soledad de las élites por esos años:

Quéjase a menudo de su desgracia los matrimonios de obreros. Y, sin embargo, el esposo goza de un excelso privilegio pocas veces concedido a los hombres de refinada cultura: la posibilidad de dialogar con su mujer. Equivalente a su marido en gustos y aspiraciones, la esposa del pobre desempeña el cuádruple oficio de confidente, consejera, camarada y amante.

El desfase entre el universo mental de la élite y las «masas», al aumentarse, produce en el escritor una angustia mayor, la cual acaso sea un factor de su renuncia y de su aceptación de las ideologías. En este caso, el escritor pensará así acercarse a un «pueblo», a unas «masas», por adoptar una ideología que él cree que han adoptado, fenómeno típico de los años 30 en Europa.

El ensayo orientado a temas filosóficos (incluyendo en esta dirección las reflexiones de filosofía de la cultura, de historiología, etc.) contaba ya antes del año 1930 con unos aportes valiosos, principalmente los

(15) *Rev. de Occ.*, año IX, núms. 91-94, p. 177.

(16) En esto Cajal demuestra menos perspicacia que Ortega, al considerar como positivo para la raza que se dedique la mujer exclusivamente al hogar (*Charlas de café*, 1920).

debidos a García Morente y a Ortega; se refuerza esta tendencia al final de la Dictadura con las producciones de una serie de jóvenes escritores que se integran al círculo de Ortega y publican sus primeros ensayos en las páginas de la *Revista de Occidente*; por ejemplo, Eugenio Imaz, Ramiro Ledesma Ramos, Julián Marías, Xavier Zubiri, José Antonio Maravall, María Zambrano, Rosa Chacel, etc., los cuales son los que han dado a la expresión ensayística de lengua española actual sus referenciales autóctonos. El que quiera hacerse una idea de las direcciones seguidas por el ensayo de la posguerra tendrá que orientarse según las huellas por ellos dejadas, así como por los trabajos de los investigadores y teorizantes actuales del ensayo, como, por ejemplo, Juan Marichal (17).

El final de la Dictadura de Primo de Rivera, el año 30, y la llegada de la II República corresponden, en el ámbito del ensayo, sea con una acentuación del carácter apologético y condenatorio del mismo, sea con una predilección por la meditación filosófico-histórica (acrecientamiento de la abstracción). La primera tendencia abarca a los que se comprometen de lleno con un bando determinado de la lucha social de esos años; por ejemplo, Maeztu (*Defensa de la Hispanidad*, 1934), Giménez Caballero (*Genio de España*, 1932), García Morente (*Idea de la Hispanidad*, 1938), D'Ors (*Los Reyes Católicos*, 1932), Marañón (*Raíz y decoro de España*, 1933), Madariaga (*Anarquía o jerarquía*, 1936), etc. En el segundo grupo entran las obras de Ortega posteriores a su actuación en las Constituyentes: *Historia como sistema* (1935), *Del Imperio romano* (1940), etc.

Nuestro propósito no es entrar ahora a examinar este nuevo período, que se abre con *La rebelión de las masas* (1930), de Ortega; limitemonos a indicar que cuando se universaliza la mentalidad de afirmación y de negación el ensayo decae, incluso si intenta, por una especie de autolimitación, desarrollarse en campos en que no haga falta tocar temas tabús. El ensayo produce sus mejores frutos cuando, por necesidad vital, tienen los ensayistas que penetrar en todos los dominios, rompiendo demarcaciones y tabiques. Por eso hemos creído encontrar entre las fechas que hemos estudiado una época de auge del ensayo, la cual se termina al extenderse la abdicación del espíritu de investigación y de pensamiento autónomo.

EVELYNE LÓPEZ CAMPILLO
Université de París. Sorbonne
PARÍS

(17) *La voluntad de estilo*, Seix y Barral, Barcelona, 1957. *El nuevo pensamiento español*, Finisterre, México, 1966.

BIBLIOGRAFIA

Existe una bibliografía inmensa, de la cual nos contentamos con señalar cinco antologías muy conocidas, y alguno que otro estudio que, pese a no tener como tema principal el ensayo propiamente dicho, no deja de aportar reflexiones sugestivas.

ANTOLOGÍAS

1. ANTONIO ALONSO: *Antología de ensayos españoles* (introducción de Federico de Onís), Nueva York, 1936.
2. ANGEL DEL RÍO y M. J. BERNARDETE: *El concepto contemporáneo de España* (antología de ensayos 1895-1931, introducción pp. 14 a 39), Losada, Buenos Aires, 1946.
3. PILAR SAN JUAN: *El ensayo hispánico*, Gredos, Madrid, 1954.
4. DOLORES FRANCO: *España como preocupación*, Col. Guadarrama de crítica y ensayo, 1960.
5. DONALD BLEZNIK: *El ensayo español*, Col. Studium, Ediciones De Andrea (México, 1964).

A consultar

- OBRAS DE EDUARDO GÓMEZ DE BAQUERO, sobre todo *Novelas y novelistas* (Calleja, 1918), *El renacimiento de la novela española en el siglo XIX* (Mundo Latino, 1924) y *De Gallardo a Unamuno* (Madrid, Espasa Calpe, 1926).
- CIRÍACO MORÓN ARROYO: *El sistema de Ortega* (Alcalá, Madrid, 1968, cap. I, párrafos 11 y 12).
- GUILLERMO DÍAZ PLAJA: *Memoria de una generación destruida* (Colección Fiel Contraste, edita Aymá, Barcelona, 1966, cap. XVII: «El ensayista y su soledad»).
- MARCELINO PEÑUELAS: *Conversaciones con Ramón Sender* (Col. Novelas y Cuentos, Madrid, 1969, *Sender ensayista*, p. 243).
- LUCIEN GOLDMANN: «La pensée des Lumières», en *Annales*, 22.º an, núm. 4, juillet-août 1967, pp. 776 et 777, reeditado en *Structures mentales et création culturelle* con el título *La philosophie des Lumières* (Anthropos, París, 1970, páginas 65 y 66).
- JUAN MARICHAL: *La voluntad de estilo* (Seix y Barral, Barcelona, 1957).